

DOCTORADO *HONORIS CAUSA* AL DOCTOR MICHEL MOLITOR

Pocos aspectos de la vida social han sido tan escrutados y tan debatidos a lo largo del siglo XX como el problema del empleo. No hablamos de una preocupación que convoca solamente el interés de las autoridades políticas y de los estudiosos de diversas disciplinas, sino de una inquietud que experimenta cotidianamente el hombre de la calle.

El trabajo es visto, desde la teoría social, como un fenómeno susceptible de ser expresado en datos estadísticos que registran sintéticamente sus tendencias crecientes o decrecientes, según el ciclo económico-productivo correspondiente, y la manera como varía su naturaleza en cada sociedad concreta. Sin embargo, es evidente que se trata de mucho más que eso: constituye el escenario en el que desplegamos nuestra creatividad y nos afirmamos como personas; e, igualmente, y no con escasa frecuencia, el cuadro en el que la exclusión social puede traducirse en verdaderos dramas humanos.

Desde una mirada, que simplifica en exceso, todo cuanto puede decirse sobre el trabajo se resumiría en las relaciones que establecen de manera espontánea los agentes económicos.

Hay quienes demandan trabajo; hay quienes lo ofrecen. Entre ellos media un acuerdo de compra-venta de fuerza de trabajo y nada más. Visto así, el empleo asalariado sería apenas el resultado de la confluencia entre la oferta y la demanda laboral. En consecuencia, mejorar las condiciones de trabajo sería una tarea regida por la lógica del mercado y reducida a incrementar la producción y la productividad.

Sin embargo, pensadores críticos como el doctor Michel Molitor, a quien hoy incorporamos a nuestro claustro, se resisten a compartir esa insuficiente visión de la cuestión laboral. Sus investigaciones nos ayudan a comprender que el trabajo es esencialmente un medio de realización humana y que, por lo tanto, además de seguir las leyes del mercado, debe estar normado y validado por principios éticos y valores democráticos que ninguna sociedad puede desdeñar. Tanto quien ejecuta el trabajo, como quien lo proporciona, son responsables de la calidad de su relación laboral y tienen la posibilidad de establecer vínculos de cooperación y solidaridad.

Por lo tanto, es menester que los estudiosos del fenómeno laboral indiquen/no sólo cómo desarrollar programas que promuevan las oportunidades de empleo, sino que también propongan/cómo establecer condiciones laborales con la calidad y protección necesarias, sintetizadas en la fórmula de “trabajo decente” que la OIT viene promoviendo a nivel mundial desde hace un lustro.

Ello se hace más necesario/si pensamos en realidades como la nuestra, donde los retos del trabajo posindustrial, propio de la sociedad informática, se superponen a dificultades que se arrastran desde hace varias décadas. Me refiero, por cierto, a las altas tasas de subempleo, a la gran proliferación de prácticas laborales informales y al margen de todo sistema de seguridad social, y al desempeño de tareas en puestos de trabajo de bajísima productividad, a los que muchas personas se ven forzadas a aceptar/en procura de sus recursos básicos de supervivencia.

El complejo panorama del mundo actual demanda, pues, profesionales dispuestos a seguir pensando la problemática del trabajo desde una perspectiva humanista y humanitaria.

Humanista en cuanto permanezca atenta al siguiente hecho sustantivo: el trabajo, la vida laboral, no es un simple fenómeno afincado en la productividad material/sino un espacio en el cual ejercemos nuestra dignidad de seres creativos, capaces de transformar y humanizar el entorno. Y es que no debemos olvidar que el trabajo no es una mercancía, principio adoptado por la OIT en la Declaración de Filadelfia, que no ha perdido vigencia/pese a haber sido formulado/hace más de medio siglo.

Nuestra perspectiva también ha de ser humanitaria, porque es imposible desconocer/cuánta pobreza, cuántos sufrimientos y privaciones podríamos evitar o paliar/si edificáramos una sociedad/en la que cada cual pudiera ejercer su derecho elemental/a tener un trabajo digno.

Esta perspectiva que menciono es, precisamente, la que hallamos en la reflexión y la labor del doctor Michel Molitor, a quien hoy otorgamos el *doctorado honoris causa* de nuestra Universidad. Un somero repaso de su rica trayectoria/como científico social y como consultor de diversos organismos internacionales, nos da cuenta de su intenso compromiso con la realidad laboral del mundo/y la de los países más pobres en particular.

De manera complementaria, en sus largos años dedicados al magisterio y en sus numerosas y meditadas publicaciones, nos encontramos con el investigador serio y acucioso, con el analista preocupado por dar razón de sus luchas, por inscribirlas en una reflexión serena, no abandonada a un simple voluntarismo sino enraizada en una comprensión sincera de los viejos y nuevos problemas laborales que enfrenta el mundo de hoy.

Estimado doctor Michel Molitor:

Por todo lo expresado, con profunda satisfacción es para mi muy grato conferirle los signos distintivos que lo integran desde hoy como Doctor Honoris Causa de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pues encontramos en usted a una persona que comulga con los más altos valores de nuestro claustro y que enriquece con su presencia la excelencia académica de nuestra comunidad universitaria.

ING. LUIS GUZMÁN-BARRÓN SOBREVILLA

RECTOR

9-11-2004